

Esperando a los bárbaros

Jaime Semprún

*Traducción de Maldejo publicada inicialmente en radicales livres <livres.htm> n° 6
(edición en fotocopias agotada).*

Los bárbaros no vienen de una lejana y arcaica periferia de la abundancia mercantil, sino de su mismo centro. A quien ha sabido guardar prácticamente intacta su sensibilidad, esforzándose por reducir todo lo posible sus relaciones con las técnicas de la vida alienada, le basta para persuadirse de esto con pasar junto a los que han sido formados y deformados desde la infancia por este aparejo de la pauperización; porque están tan lejos de la naturaleza como de la razón, y gracias a esto reconocemos la barbarie. Esos lisiados de la percepción, mutilados por las máquinas de consumo, inválidos de la guerra comercial, lucen sus estigmas como condecoraciones, sus debilidades como un uniforme, su insensibilidad como una bandera. Así, lo que emana de los adolescentes de catorce o quince años, desplazándose en banda por un metro de París, se parece muy a menudo a los que antaño emanaba muy específicamente de la virilidad uniformada (militares, deportistas, militantes de movimientos totalitarios): digamos que un fuerte perfume a linchamiento. Endurecidos por el contacto con su entorno técnico, curtidos por las órdenes que no cesan de recibir, aquellos que han crecido bajo los golpes y los choques de las "sensaciones fuertes" producidas industrialmente, se esfuerzan en mostrar una dureza mayor aún, una dureza de emancipados, sobre el modelo de esos héroes de nuestro tiempo que son los más duros entre los duros: los señores de la guerra económica, indistintamente policías o gangsters, jefes de industria o de mafias. Contemplando a estos militantes del totalitarismo mercantil y de su dinamismo sin objetivo, uno piensa en lo que decía Chesterton del eslogan nietzscheano "sed duros": que significaba en realidad "estad muertos".

Quizá estas consideraciones, que se juzgarán muy exageradas, puedan resultar sorprendentes, porque existe una censura casi total sobre esta cuestión; censura que no significa aquí que los hechos sean siempre ocultados o negados, sino que, una vez que son admitidos, se encuentran siempre acondicionados, adaptados a interpretaciones sesgadas, y finalmente edulcorados hasta el punto de perder toda significación. Se objetará así que esa brutalidad de los comportamientos juveniles no es más que una nueva forma, muy acusada, del viejo conflicto de las generaciones; e incluso que es bastante a menudo la expresión de un odio de clase, sin duda poco consciente de sus razones, pero que posee sin embargo muchas y buenas, que pueden encontrarse en el no menos antiguo conflicto entre pobres y ricos. La primera de esas objeciones es la más débil: que haya conflicto entre generaciones implica que haya generaciones, lo que desmiente el nivelamiento de experiencias y comportamientos. Ayer todavía, la sociedad de masas dominada por aparatos burocráticos toleraba en la juventud un alejamiento relativo de la norma, más bien como período de pruebas que permitiese la selección de los oportunistas más dotados. En lo sucesivo, ese resto de sórdida sabiduría burguesa ("hombre, son jóvenes") ha desaparecido, con la conciencia del paso del tiempo de una vida que esa sabiduría conservaba a su manera: se debe ser capaz a cualquier edad de todo lo que exige, por medio de ocasiones que hay que agarrar y "golpes" que hay que dar, la demanda social de participación creativa en el dinamismo de la economía. Frente a esa exigencia, no hay modo de que subsista la individualidad, ni tampoco la cronología individual: un niño hablará como un viejo sentencioso de los salarios de sus padres y de sus relaciones conyugales, un viejo se divertirá como un niño con sus sonajeros electrónicos. Y lo que llamamos la "tercera edad" se manifiesta justamente, por su atuendo y sus

ocupaciones, como el acceso a una juventud al fin completa, a un tiempo de ocio indistintamente sometido a todos los productos de la industria del entretenimiento.

La segunda objeción merece ser argumentada un poco más largamente, porque, a pesar de que esa juventud cebada en todos sitios con las mismas imágenes y verdaderamente rabiosa de mimetismo sea sorprendentemente homogénea, masificada y conformista, existe con toda seguridad en los más pobres comportamientos que se parecen al antiguo ilegalismo de las clases peligrosas. Pero el hecho de ser todavía criminales desde la óptica del derecho no hace subversivos sin embargo a esos gestos: son salvajes en el sentido del capitalismo salvaje, mucho más que en el sentido de la huelga salvaje. Los izquierdistas querrían creer que desde hace veinte años o más se mantiene una especie de esencia revolucionaria en la juventud proletaria, siempre espontáneamente subversiva, siempre a punto de auto-organizarse para transformar la sociedad. En realidad, nadie desea, y sobre todo nadie entre los más pobres, tomar cualquier responsabilidad en la marcha catastrófica del mundo. Cada uno, rico o pobre, quiere tomar el camino más corto para reunirse con las mismas satisfacciones, admitidas por tales como todos: ese atajo es más violento en los pobres, eso es todo. La escisión en la sociedad que había comenzado a operarse en 1968 sobre una idea de felicidad, sobre la idea de una vida deseable, no tuvo continuación y ha desaparecido bajo la publicidad de la "liberación de las costumbres". Y no podemos contentarnos con repetir, como si nada hubiese pasado, con ocasión de cada pillaje o saqueo, el análisis de los motines de Watts publicado por los situacionistas en 1966 ("Auge y caída de la economía espectacular-mercantil"), según el cual, deseando ahora mismo los objetos mostrados y tomando la palabra a la propaganda mercantil, los saqueadores comenzaban la crítica y se preparaban para dominar la abundancia material, para redefinir todas sus orientaciones. O, más bien, si uno se contenta con repetir ese análisis (como lo ha hecho, por ejemplo, con un lirismo empolvado y una retórica aguada, un tal "Grupo Surrealista de Chicago" tras los motines de 1992 en Los Angeles), es siempre al precio de rechazar lo que constituía su núcleo racional e histórico: la hipótesis de que esos motines, que reencontraban por el pillaje y el potlatch de destrucción el valor de uso de las mercancías, tendrían por sí mismos un uso para los amotinados, les permitirían encontrar por el camino de una puesta en cuestión de todo el modo de vida americano "a los que buscan aquello que no está en el mercado, precisamente lo que el mercado elimina". Ahora bien, la distancia a recorrer por ese camino, que ya entonces era larga, ha sido alargada todavía más, o más bien el camino ha sido como borrado por los que acondicionan la desolación. "La juventud sin porvenir mercantil de Watts", que había elegido "otra cualidad de presente", se ha asentado sobre el uso de drogas para conferir intensidad a un presente vacío, y ha encontrado por el mismo camino un porvenir mercantil en el tráfico. Es imposible hablar sin impostura en términos de clases, cuando son los individuos los que han desaparecido, es decir que cada uno, y sobre todo entre los más desfavorecidos, se limita a adoptar una de esas identidades prefabricadas disponibles en el mercado para ser instantáneamente todo lo que esa personalidad de préstamo le permite y le impone. El único lujo es el de circular rápido a través de esas representaciones, de cambiarlas a menudo; la droga aparece como la esencia espiritualizada de este acceso instantáneo al ser, reducido al choque, al "flash" del puro cambio.

En el artículo de la Internacional Situacionista sobre los motines de Watts, aparecía por lo demás mencionado lúcidamente, tras la evocación de una posible unificación revolucionaria en torno a la revuelta negra como revuelta contra la mercancía, que "el otro polo de la alternativa presente, cuando la resignación no puede durar más" era "una serie de extermi-

naciones recíprocas". Desgraciadamente, es ese otro polo de la alternativa el que ha prevalecido, y no sólo en Los Angeles. Ninguna objeción sentimental puede nada contra eso. A ese respecto, hay más verdad en ciertas cifras que en los sofismas pseudo-dialécticos, que son tan ingeniosos para mostrar entre alfileres los hechos cuando concuerdan con lo que se quiere creer, y para negarlos como simples apariencias cuando contradicen nuestras creencias. He aquí, entre tantas otras, lo que dicen algunas recientes estadísticas sobre la criminalidad en los Estados Unidos: el homicidio es la segunda causa de mortalidad para los adultos con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años, y la tercera para los niños de 5 a 14 años; la edad media del asesino detenido ha pasado de 32 años en 1965 a 27 años hoy día; los asesinatos cometidos por bandas de jóvenes se han cuadruplicado entre 1980 y 1993. Y para completar el cuadro, la tasa de suicidio entre los jóvenes se ha triplicado desde los años cincuenta. El remedio propuesto por los comentaristas alarmados consiste en "reconstruir la familia americana, asegurarse de que nuestros hijos comprenden el valor de la vida, la suya y la de los otros". Es un poco tarde para esto, cuando lo que conformaba el valor de la vida está tan arruinado como la familia, americana o no; pero no es menos tarde para ver una emancipación o un progreso cualquiera en esa desintegración de la célula familiar, que entrega directamente a los átomos individuales a la brutalidad de una vida desolada, a la competencia desesperada de aquellos que no pertenecen a nada, y a los cuales nada pertenece. (Se puede señalar que en esas condiciones los lazos familiares no sobreviven más que al precio de ponerse al servicio del mercado, y adoptan el modelo económico de la "pequeña empresa con resultados").

Un sociólogo ansioso de integración y de educación humanitaria alegará habitualmente circunstancias atenuantes: ciertamente los jóvenes brutos son poco exquisitos, pero la propaganda "securitaria" exagera mucho, y además, de todas formas, ¿qué oportunidad se les ha dado de ser bravos muchachos, trabajadores y bien educados? El humanitarismo-izquierdista, como siempre, del mismo modo que no ataca lo que quiere atacar, no defiende lo que pretende defender. Si se quiere decir que las violencias ejercidas por los jóvenes desheredados no deben hacernos olvidar las violencias que han sufrido, es necesario no denunciar sólo la violencia policial, la "represión", sino todos los malos tratos que la dominación técnica inflige a la naturaleza y a la naturaleza de los hombres. Es preciso, pues, dejar de creer que existe todavía algo así como una sociedad civilizada, a la cual no se habría dado oportunidad a los jóvenes bárbaros de integrarse. Es necesario, por tanto, comprender en qué los desheredados lo son efectivamente, y más cruelmente que en otros tiempos, habiendo sido expropiados de la razón, encerrados en su "nuevalengua" al menos en la misma medida que en sus guettos, y sin poder fundar su derecho a heredar el mundo sobre su capacidad de reconstruirlo. Y, en definitiva, más que derramar lágrimas de cocodrilo sobre los "excluidos" y otros "inútiles del mundo", convendría examinar seriamente en qué sentido el mundo del trabajo asalariado y de la mercancía es útil a cualquiera que no saque de él beneficios, y si es posible incluirse en él sin renegar de la humanidad. Todo eso es evidentemente demasiado para los sociólogos, por muy izquierdistas que sean: esa gente tiene después de todo la función, no de criticar la sociedad, sino de proveer argumentos y justificaciones a la plétora del personal de encuadramiento de la miseria, a aquellos que se llaman "trabajadores sociales". Es lógico, por tanto, que sus esfuerzos se orienten sobre todo hacia la satisfacción de supuestas reivindicaciones "identitarias", a las que ofrecen la elección de un papel en la tienda de saldos de las pertenencias miméticas, mercadillo de la ilusión donde se encuentra de todo, desde la gorra del rapero marcada con la X de Malcolm X a la túnica islamista.

Menos apurada, porque está libre de toda relación práctica con la realidad, la extrema izquierda se contenta con invertir los términos de la propaganda policial: ahí donde ésta designa a los bárbaros, venidos de un infra-mundo exterior a los valores de la sociedad civilizada, la extrema izquierda habla de salvajes, extraños al mundo de la mercancía y decididos a destruirlo. Es "la revolución de los cosacos", con los banlieues (barrios periféricos) en lugar de estepas. Lo único que está dispuesta a conceder esa apología es que ese rechazo es bastante poco consciente, muy mal razonado en todo caso, aunque merece la pena por su intención. Pero si se abandona el cielo de las buenas intenciones el izquierdismo vive de buenas intenciones, las suyas y aquellas que adjudica a sus héroes negativos para poner los pies en la tierra, el problema no es que esos bárbaros rechacen, aunque muy mal, el nuevo mundo de la brutalidad generalizada; sino que, por el contrario, se adaptan muy bien a él, más rápido que muchos otros que están todavía llenos de ficciones conciliadoras. Se puede pues, efectivamente, llamarlos bárbaros. ¿Dónde podrían haberse civilizado, y cómo? ¿contemplando las cintas pornográficas de sus padres? ¿sumergiéndose en el universo ectoplásmico de las simulaciones numerizadas? ¿adoptando miméticamente el comportamiento de las vedettes de la brutalidad? ¿viendo a su alrededor, tanto en la cúspide de la jerarquía social como en sus abismos, prevalecer una especie de conciencia nihilista del hundimiento histórico en curso, sobre el modelo "después de nosotros el diluvio"?

Porque es la misma idea de una civilización a continuar lo que se ha volatilizado como la capa de ozono, resquebrajado como el sarcófago de Chernobyl, disuelto como los nitratos en la capa freática. Habiendo sido golpeada con la irrisión toda empresa con voluntad de permanencia, el mundo pertenece ahora a los que gozan deprisa, sin escrúpulos ni precauciones de ningún tipo, en el desprecio no sólo de todo interés humano universal, sino también de toda integridad individual. La cualidad de ese gozo del mundo es exactamente aquella que permite su carácter precoz, instantáneo, destinado a la volatilización inmediata y, por tanto, a la simple intensidad sin contenido: "El tiempo no respeta lo que se hace sin él". El uso de drogas es a la vez la más simple expresión y el complemento lógico de todo esto, con su poder de desmigajar el tiempo en una sucesión de instantes sin proceso. (Baudelaire decía, y sólo a propósito del haschisch, que un gobierno interesado en corromper a sus súbditos no haría más que animar el uso.) El único marco, clínico, de lo que se ha convertido, en estas condiciones generales de brutalidad, lo que ya no osamos llamar erotismo atrofia de la sensualidad y búsqueda histérica de estimulaciones cada vez más violentas bastaría para probar que la enfermedad social ha alcanzado su estadio último. Todo ocurre, pues, como si, por medio de un desastre confusamente percibido por todos como irreversible, hayamos sido liberados, por un lado, de la carga de tener que mantener el mundo existente y, por otro, de la de tener que transformarlo. En El Sistema Totalitario, Hannah Arendt ha descrito cómo la sociedad de masas crea el material humano de los movimientos totalitarios ("la característica principal del hombre de masa no es la brutalidad ni el retraso mental, sino el aislamiento y la ausencia de relaciones sociales normales", etc.), y cómo se trababa a partir de esa atomización social lo que ella llamaba "la alianza provisional entre el populacho y la élite". Hoy vemos reconstruirse una alianza así, sin el dinamismo "revolucionario" del totalitarismo la energía que había recuperado del movimiento obrero, pero con un nihilismo más completo, en los diversos modelos de mafias. La misma eficacia bárbara marca la manera con la que las élites de la corrupción y las bandas de los guettos se tallan sus feudos en la descomposición. Y la solidaridad de tipo mafioso es la única que vale cuando todas las demás han desaparecido. La "lealtad ilimitada, incondicional e inalterable" que los movimientos totalitarios exigían a sus miembros, y que podían obtener de individuos aislados,

sin otros lazos sociales, que no percibían el sentimiento de su utilidad más que en su pertenencia al partido, esa lealtad, desembarazada de toda ideología, se reencuentra en la fidelidad total a las bandas descritas, por ejemplo, por Kody Scott (Monster, autobiografía de un jefe de banda de Los Angeles). Para medir el camino, regresivo, recorrido en veinte años, basta con comparar este testimonio con el de James Carr (¡Revienta!). Mientras que éste conseguía la fusión con la crítica social moderna, y se hacía casi inmediatamente asesinar misteriosamente, el otro, ayudado por la época, o más bien no ayudado, no salía del delirio de las bandas más que para entrar en el de los "Musulmanes negros" y demás africanistas.

Encontramos al final de un poema de Constantin Cavafys, "Esperando a los bárbaros", dos versos que son muy evocadores en estas circunstancias: "Pero mientras, ¿qué vamos a hacer sin los bárbaros? Esa gente era como una solución". Así es que para ocultar su desastre real y exorcizar el espectro de una decadencia interminablemente dejada a sí misma, una sociedad se busca enemigos para combatir, objetos de odio y terror; y del mismo modo que en 1984, donde la expresión obligatoria del odio por el enemigo Goldstein sirve al mismo tiempo a cualquiera de exutorio para el odio por Big Brother, la fabricación de una "barbarie" temible y odiosa es tanto más operativa cuanto más recupera en el beneficio del conformismo y la sumisión un espanto muy real y bien fundado. Los "banlieues", como dicen en las medias para designar de hecho el conjunto del territorio urbanizado (los antiguos centros históricos, principalmente destinados al uso turístico y mercantil, no conservan ya nada de la feliz confusión que conformaba una ciudad), se han convertido pues, con su juventud bárbara, en el "problema" que resume providencialmente todos los otros: "una bomba de efectos retardados" colocada bajo los asientos de aquellos que de golpe podrían creerse sentados. Como de tantos otros "problemas", se habla de él no para resolverlo (¿cómo podría hacerse?), sino para administrarlo, como dicen: en buen francés para dejarlo pudrirse, ayudándole con los inmensos medios disponibles a ese fin. Es ese tipo de gestión moderna la que está designada por el vocablo "Los Angeles". Cuando los policías y sus portavoces mediáticos hablan del "síndrome Los Angeles", expresan menos lo que pretenden obtener que lo que pretenden evitar, menos lo que quieren que lo que temen: es decir que describen el giro que querrían ver tomar a aquellas situaciones que no saben cómo evitar. Y se sabe cómo la dominación moderna, que no ha sido calificada sin razón de espectacular, ha retomado a gran escala las técnicas de la industria del entretenimiento, desde hace ya tiempo hábil para manipular los impulsos miméticos haciendo aparecer los sentimientos que quiere suscitar como ya existentes, y anticipando la imitación que harán los mismos espectadores, sobre el modelo de la profecía que se cumple a sí misma. Es así que, en virtud del efecto de espejo del espectáculo, aquellos a los que se "ama odiar" en tanto que modernos bárbaros están muy inclinados a amar ser odiados bajo esa figura, y a identificarse con su imagen preformada. "Tienen el odio", según una expresión cuyo sesgo no evoca fortuitamente la contaminación por una peste.